

A veinte años del golpe con memoria democrática

Hugo Quiroga
y César Tcach
(compiladores)



Serie Estudios Sociales

Homo Sapiens
Ediciones

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Presentación	5
Hugo Quiroga y César Tcach	
El régimen autoritario de 1976: refundación frustrada y contrarrevolución exitosa	9
Ricardo Sidicaro	
Sobrevivir en dictadura: las ciencias sociales y la “universidad de las catacumbas”	27
Hilda Sabato	
Régimen autoritario y disidencia intelectual: la experiencia argentina	59
Carlos Altamirano	
La verdad de la justicia y la verdad de la política.	
Los derechos humanos en la dictadura y en la democracia	67
Hugo Quiroga	
El método de destrucción. El terror en la Argentina	87
Juan E. Corradi	
La política económica como política de poder	107
Jorge Schvarzer	
La resistencia obrera a la dictadura militar	
(Una escritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)	123
Ricardo Falcón	
Asuntos y temas partidarios en la memoria de las elites radical y peronista	143
Silvia Dutrénit Bielous	

EL MÉTODO DE DESTRUCCIÓN*. EL TERROR EN LA ARGENTINA

*Juan E. Corradi***

Los últimos cien años de historia argentina pueden dividirse con precisión en dos mitades. Desde 1880 hasta 1930 se trató de una historia de éxitos, una leyenda de rápido crecimiento económico, de fortunas fabulosas hechas en los niveles sociales superiores pero con efectos que se filtraban a los inferiores, de inmigración, movilidad y excepcionalismo. El país estaba en manos de una oligarquía de terratenientes en asociación dependiente con el capital británico. Pero la riqueza generada por las exportaciones agropecuarias les abrió las puertas a millones de europeos del sur que se precipitaron a ciudades de rápido crecimiento, cambiaron la textura cultural, encontraron nuevas ocupaciones, y albergaron nuevas esperanzas. El progreso social se transformó en demanda política, y la prosperidad general, unida a la tendencia liberal de los gobernantes, posibilitó la extensión de la ciudadanía a una clase media en ascenso. Los siguientes cincuenta años fueron años de turbulencia que terminaron en desilusión. Se distinguieron, en forma abrumadora, por la irrupción del Movimiento Obrero organizado como fuerza política en un contexto de incertidumbre económica e improvisación institucional. Argentina a duras penas logró entrar a la era industrial, sin poder alcanzar acuerdos satisfactorios de convivencia política. Esto originó otra leyenda, más oscura, de oportunidades perdidas, de fracaso de grandes promesas. Sin embargo, Argentina consiguió evitar las verdaderas tragedias del siglo: no se mezcló en conflictos internacionales serios, sus crisis nunca fueron catastróficas, sus errores políticos fueron más pintorescos que terribles. Así como había crecido feliz y despreocupada, ahora parecía dar tropezos sin inmutarse. Luego, sorpresivamente, en los setenta, se puso a tono con los horrores de nuestra era. Ahora está atravesando su hora más oscura.

En términos de su desarrollo, la Argentina representa un tercer tipo de formación social entre las sociedades liberales clásicas y las postliberales. Es una sociedad dependiente en la cual el principal agente de desarrollo no es ni una burguesía hegemónica ni un estado poderoso capaz de forjar una alianza de las clases preexistentes o de generar otras nuevas y dinámicas. Es el resultado de un desarrollo iniciado y dirigido desde afuera, por una burguesía extranjera, y, hoy, por sus más impersonales herederos corporativos. Al igual que otras sociedades de este tipo, la Argentina se ha descentrado. No tiene un agente directo del cambio. Comprende, en su lugar, una fragmentación de clases, una mezcla compleja de viejas y nuevas relaciones sociales, un estado sobredimensionado que sirve como arena de compromisos, una falta de unidad estructural. Este es el resultado directo de la acrecencia de modelos de desarrollo dispares inducidos desde afuera. Aun así, esto no ha significado inercia social y cultural. Lejos de ello, en Argentina los fragmentos están movilizados, y cada modelo de desarrollo ha dejado grupos organizados firmemente atrincherados en instituciones activas y vociferantes. La rapidez del cambio reunió de manera casual a actores diferentes sin un marco común dentro del cual mediar sus diferencias. La fragilidad y las discontinuidades del desarrollo económico hicieron aún más esquivo el consenso, y a excepción de ocasionales períodos de bonanzas, durante las cuales las compensaciones múltiples aflojaban las tensiones, la resultante fue un sistema de vetos recíprocos y parálisis general. El activismo individualista iba de la mano del estancamiento global. Demasiado débil para conducir a los demás, cada clase o grupo corporativo ha sido sin embargo lo suficientemente fuerte como para bloquear a los demás. De otro modo, el ingenio individual no ha sido equilibrado por una visión colectiva más amplia, y el todo ha sido uniformemente menor que la suma de sus partes. Al final, este pluralismo negativo ha pervertido el sentido de toda elección política: la democracia llegó a representar el desorden, la dictadura, el saqueo temporario del estado por una corporación armada e intereses especiales, la revolución, el terrorismo de malhechores juveniles.

Es difícil describir brevemente esta rápida, discontinua modernización del país. Imaginen comprimir en el transcurso de una sola vida el fermento simultáneo de movimiento económicos, sociales, políticos, y culturales que en otras partes del mundo crecieron más gradualmente, la extensión de la ciudadanía a las clases medias y trabajadora, una revolución industrial, el colapso de viejos valores. El resultado es un plétora de crisis: de distribución, de legitimidad, de participación, e incluso de crisis institucionales. La sobrecarga de demandas de grupos sucesivamente movilizados no podía ni procesarse políticamente ni satisfacerse

* La versión original "The Mode Destruction: Terror in Argentina" fue publicada en TELOS. A Quarterly Journal of Critical Thought, Number 54, Winter 1982-83, pp. 61-76.

** Profesor de sociología, vicedecano de la Graduate School of Arts and Science de la New York University.

económicamente. Esto hizo posible que una cantidad considerable de poder se acumulara fuera de las instituciones y desde donde estallaron en distintas formas de violencia: golpes militares, insurrecciones populares, insurgencia armada, terror de estado, y guerra externa –en ese orden.

Estas crisis múltiples y los crescendo de violencia que las acompañan, plantean en la superficie institucional, un severo problema de gobernabilidad y, en un nivel estructural más profundo, amenazan la estabilidad de la dominación de clases. No son perjudiciales solamente para los valores democráticos y el imperio de la ley, sino también para la existencia misma del estado. En tal contexto, los grupos dominantes tienden a dar prioridad en su agenda al restablecimiento de un monopolio de la coerción. Por otra parte, la fragmentación y anomia absolutas genera en otros grupos subordinados –en particular los sectores medios– una demanda primitiva de orden y una disposición generalizada a suscribir un pacto hobbesiano o, por lo menos, a respaldar la adquisición enérgica de poder soberano por parte de dictadores. Estas presiones generales y particulares le otorgan autonomía temporal y parcial a un régimen autoritario. Ellas abren, por así decirlo, una línea de crédito de poder que el régimen de turno puede a su vez procurar consolidar empleando y combinando una variedad de recursos (coerción contra grupos focalizados, alianzas internas y externas, programas económicos, adoctrinamiento ideológico, y así sucesivamente). Es con este trasfondo que el terror ha hecho su aparición en la Argentina.

El terror se entiende aquí como “el uso arbitrario, por parte de órganos de autoridad política, de coerción severa contra individuos o grupos, la amenaza creíble de tal uso, o la exterminación arbitraria de tales individuos o grupos”¹. Como forma específica de poder el terror tiene dos dimensiones, una de comportamiento, y la otra ideológica. Por un lado, adapta el comportamiento política a la obediencia absoluta de las directivas de los que detentan el poder. Por otro lado, moldea las actitudes a fin de obtener obediencia voluntaria. Procura confirmar nuevos sujetos políticos. El terror tiene como objetivo no sólo controlar, sino también cambiar a los actores sociales. Es esencialmente una técnica de desorientación, que apunta a privar a los sujetos de la oportunidad de calcular y prever las consecuencias de sus acciones. Es una forma de poder en la cual la conformidad no garantiza la seguridad. Su efecto principal es la generación de una atmósfera de ansiedad –una “cultura de miedo”. El terror no se limita a la presencia real de la coerción arbitraria y rigurosa. Tiene un efecto residual a través del tiempo y el miedo circundante. Así “un proceso de terror” refiere a la inducción y multiplicación del miedo como una función de las iniciativas de los que detentan el poder. Una “fase de terror” es un período en el cual el proceso de miedo políticamente inducido es particularmente intenso, un período en el cual el terror se vuelve un rasgo dominante del sistema político. El confinamiento de la violencia y el miedo a tipos específicos de conducta y a grupos o categorías especiales dentro de la sociedad, el resultado es “un sistema de terror” o “terror total”.

Si bien el terror se vale esencialmente de sanciones físicas arbitrarias y extremas, se complementa con otras sanciones simbólicas y materiales, con prácticas discursivas y económicas. Las prácticas discursivas comprenden la formulación de un “mito oficial” por parte de los que tienen el poder y la manipulación del poder normativo a través de campañas de adoctrinamiento, del control de los miedos de comunicación, la educación, entre otros. El poder material puede ser ejercido a través de la regulación minuciosa de las actividades económicas (con una economía de control) o, a la inversa, a través de su súbita desregulación (o con controles darwinianos, en contraposición a los burocráticos).

Lo que sigue trata sobre procesos de terror que coinciden con la estructura dominante de poder de una sociedad, es decir, con un “régimen de terror”. La aparición del terror como un camino hacia el posible derrumbamiento de una estructura dominante de poder, ya sea a través de la insurgencia armada o de la violencia descontrolada, no se discute. En un contexto histórico más amplio, el terror parece estar unido a cierta dinámica de desarrollo. Se pueden distinguir dos modelos. El terror puede aparecer como una fase distintiva en un proceso de transformación revolucionaria de la sociedad, como por ejemplo en un contexto de industrialización acelerada. Estas actividades requieren una vasta movilización de recursos humanos y naturales con muy poca disponibilidad de tiempo. En otros casos, el terror no está ligado a la búsqueda de un avance en el desarrollo, sino a la acción defensiva, preventiva, o termidoriana por parte de intereses creados contra el deterioro institucional y la amenaza de grupos rivales. Ambos elementos pueden estar presentes, en muy variadas proporciones, en cualquier caso concreto.

En el curso de las últimas tres décadas, Argentina ha estado sujeta a tres tipos sucesivos de regímenes militares: dictaduras arbitristas de tipo provisional, una dictadura **sine die** con metas de desarrollo, y una dictadura **sine die** con objetivos reconstruccionistas negativos. Difieren entre sí en varios

¹ Alexander Dallin y George Breslauer, *Political Terror in Communist Systems* (Stanford University Press, 1970, .1). Ver también E. V. Walter, *Terror and Resistance, A Study of Political Violence* (New York: Oxford University Press; 1963).

aspectos: la cantidad de tiempo que se pretende ejercer el cargo, el grado de autonomía con respecto a las fuerzas sociales y políticas, el modelo de desarrollo económico, el grado de penetración en la sociedad civil y del control sobre ella. Sólo en el último tipo se ha utilizado el terror como instrumento de poder.

Desde el derrocamiento del primer régimen peronista (1955) hasta 1966 las intervenciones militares interrumpían periódicamente el proceso constitucional pero le permitían reanudar su curso después de un tiempo. El régimen político era una democracia excluyente, caracterizada por la proscripción de la principal fuerza política —el peronismo— de la participación directa. Este sistema era bidimensional: presentaba una fachada política institucional (partidos, parlamento y ejecutivo), y una red paralela de negociaciones **in camera** entre intereses corporativos (sindicatos, grupos de empresarios, intereses agrarios, financieros y comerciales entre otros), en una interfase inestable, periódicamente “corregida” por las intervenciones militares. Los militares no se mantenían fuera de la política, sino que eran parte del proceso político mismo — conformaban uno de los varios grupos de actores que traían a la arena política recursos dispares de poder. Una segunda fase comenzó en 1966 cuando los militares tomaron el poder con el propósito explícito de suspender la política indefinidamente y de conducir un ambicioso programa de desarrollo en asociación dependiente con capitales transicionales.

El orden de prioridades era el siguiente: primero, el desarrollo económico, segundo, la recomposición social, y por último, la institucionalización política. Sin embargo, la destrucción de la trama política existente y las tensiones sociales ocasionadas por el proceso de desarrollo tuvieron desconcertantes consecuencias no buscadas que provocaron la caída del régimen. El descontento de los actores sociales cruciales no pudo ser mediado por mecanismos institucionales. Por el contrario, generó nuevas alianzas políticas (notablemente, un acercamiento del sector obrero y la clase media, entre peronistas y ex antiperonistas) y un clima de insurrección generalizada que amenazaba el estado y obligó a los militares a refugiarse en los cuarteles. Se había acumulado una formidable cantidad de poder social en los márgenes de las instituciones, y los militares no podían ni eliminarlo ni canalizarlo. Además la nueva movilización traía consigo el primer desafío anticapitalista significativo de la historia argentina moderna. La tarea de neutralizar la mezcla explosiva no recayó en otro que Perón, quien fue el ganador predecible de las primeras elecciones verdaderamente libres de 1955. Pero Perón fue la víctima de su propio éxito: no pudo crear un sistema político viable capaz de controlar las mismas fuerzas que lo habían traído otra vez al poder². Después de la muerte de Perón mientras ejercía la presidencia (1974), sus seguidores fueron aún menos capaces de controlar la situación.

El gobierno peronista fracasó rotundamente en todos los frentes: en la estabilidad política, en el manejo económico, y en el mantenimiento de la ley y el orden. El interludio civil peronista de 1973-1976 se caracterizó por el sometimiento progresivo de las instituciones políticas a un “asedio de terror”³, por parte de grupos paramilitares de izquierda y derecha. Finalizó con una nueva apropiación del poder por parte de las fuerzas armadas en 1976. La nueva dictadura fue el más radical de todos los experimentos militares de la historia argentina. Estaba decidida a volverse más impersonal, autónoma, permanente, represiva, y profundamente “estructural” que cualquiera de las anteriores⁴.

El régimen militar que se instaló después del golpe del 24 de marzo de 1976 contra el gobierno de Isabel Perón fue una respuesta al prolongado estado de guerra de todos contra todos que había caracterizado hasta entonces a la política argentina. Encarnaba también “lo aprendido” por las elites militares y corporativas a partir de los fracasos pasados. Los líderes de las fuerzas armadas y sus socios proclamaron que su objetivo no era meramente acabar con el desorden insostenible de los años peronistas, sino también transformar las bases mismas de la sociedad argentina. La junta juró eliminar el terrorismo, revitalizar la

² Ver Liliana De Riz, *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista* (México: Folios Ediciones, 1981).

³ Sobre Algunas de las raíces socio-culturales de la insurgencia, consultar mi “Argentina: A Story Behind a War”, en Irving Howe, Octavio Paz, et. Al., *Democracy and Dictatorship in Latin America* (New York Foundation for The Study for Independent Ideas, 1982).

⁴ Parece haber acuerdo en cuanto a lo que distingue a este régimen de los otros. Ver Liliana De Riz, “Argentina: ni democracia estable ni régimen militar sólido”, presentado en el Congreso sobre Democracia y Dictadura en el Cono Sur (octubre 12-15, 1981, en la Universidad de Yale (mimeografiado), Marcelo Cavarozzi, “Argentina at the Crossroads: Pathways and Obstacles to Democratization in the present: Political Conjuncture”, Washington D.C.: The Wilson Center, *Working Paper* N° 15, 1982, Oscar Landi, “Conjeturas políticas sobre la Argentina post-Malvinas”, presentado en XII Congreso Anual de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Río de Janeiro (agosto 9-14, 1982) ver Norbert Lechner, ed., *Estado y política en América Latina* (México: Siglo XXI Editores, 1981) y Guillermo O'Donnell, “Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio en el Estado burocrático-autoritario, *Documento de Trabajo CEDES* (Buenos Aires, 1975). Ver también Alain Rouquié, *Pauvreté militaire et société politique en Argentine* (París: Fondation Nationale des Sciences Politiques 1978).

economía, liberándola de las trabas de la tutela del estado, cortar el nudo gordiano del estancamiento reduciendo el número de los actores sociales significativos y disciplinando a los restantes. En suma, aspiraba a deshacer todo lo que se había construido fortuitamente desde la arremetida de la industrialización. La visión fue presuntuosamente bautizada “proceso de reorganización nacional”, evocando el nombre de otro proceso fundador de organización nacional proyectado por la generación política de 1837, y llevado a cabo por la de 1880 (un proceso que estableció las reglas básicas para el desarrollo de la Argentina pre-industrial y la modernización hasta 1930). Cinco años más tarde, el primer presidente militar, el General Viola. En ese momento el régimen comenzó a vacilar. Viola fue pronto reemplazado por el jefe del ejército, el General Galtieri. Después de la debacle de la guerra del Atlántico Sur, este último fue reemplazado por el General Bignone, quien preside, en el momento de escribir este artículo, una difícil transición a un incierto gobierno civil. En suma, después de seis años en el poder, los militares han fracasado, una vez más, en alcanzar sus objetivos. El terrorismo fue suprimido a costa de una fase de terror de estado. No aparecieron nuevas organizaciones políticas para reemplazar a las viejas que fueron eliminadas o suspendidas. La economía no fue revitalizada, sino que se encontró al borde de la bancarrota, y el conflicto social amenaza surgir otra vez. La Argentina se ha sumergido así en una crisis sin precedentes. Sin embargo, el verdadero alcance de la crisis, la profundidad de la acción destructiva emprendida por el régimen militar, bien pueden haber alterado variables fundamentales en la ecuación social. La Argentina de hoy tiene una infraestructura industrial menor, un sector de trabajadores más heterogéneo y más reducido, una clase empresarial más débil, estratos medios más empobrecidos que hace diez años⁵. Paradójicamente, tiene también fuerzas armadas más humildes – como resultado de la derrota en la guerra– que en cualquier otro momento de su pasado reciente. El país se encuentra parado en un penoso **Trivium**: las opciones son la reconstrucción democrática, la remilitarización, o más entropía. Puede incluso caer en las tres en secuencia.

Una importante reestructuración de poder ha tenido lugar en la Argentina desde 1976. Ha sido acompañada por cambios significativos en materia de ideología. La Argentina de 1976 es un caso particularmente complejo en el cual el deterioro interno produjo un movimiento para la reintegración forzada de la sociedad en torno a nuevos o parcialmente nuevos patrones de conducta.

Las elites militares y civiles que tomaron el poder en 1976 tenían una definición draconiana de la situación, la cual evocaba imágenes tomadas del ámbito de la medicina: “diagnóstico”, “patología social”, “cáncer”, “cirugía”, “extirpación de tejidos afectados” y así sucesivamente. La sociedad civil estaba gravemente enferma. El mal que afectaba al país y que provenía, por así decirlo, desde abajo, debía ser enfrentado por la acción decisiva desde arriba. La intención explícita del gobierno de las Fuerzas Armadas era cerrar el ciclo histórico que el peronismo había abierto en los cuarenta e iniciar uno nuevo. Las crisis política de los setenta era percibida tanto por las elites militares como por algunas elites empresariales como una amenaza fundamental para una dominación estable. Su crítica iba más allá del régimen político existente, el cual le daba un lugar tan prominente al peronismo: focalizaba la atención en las bases sociales del sistema político. La enfermedad como metáfora política servía como puente entre los dos componentes principales del input ideológico en la reorganización forzosa de la sociedad: para articular el discurso de los guerreros y el discurso de los conservadores de la libre empresa.

Después de 1976, el rasgo principal del proceso militar que asumió la dirección de la vida Argentina fue la conversión de las anteriores tradiciones públicas populistas a una práctica y discurso del estado y de lo político en los cuales todo se reducía a una simple dicotomía: el paradigma Amigo-Enemigo⁶. Reduciendo los rivales políticos a la inexistencia ideológica, tal discurso los coloca en posición de recibir “tratamiento”. La construcción y el mantenimiento de este tipo de discurso implica la aplicación de sanciones no discursivas particulares que pueden ser consideradas prácticas de avasallamiento⁷ (expulsión, reclusión, tortura, “desaparición y exterminación”).

Esta retórica también efectúa un desplazamiento ideológico al establecer una oposición espúrea entre “violencia y orden”. La oposición enmascara la afinidad real entre estos dos fenómenos (como modos

⁵ Para algunos cálculos estimativos, ver Landi, op. cit.

⁶ La formulación más convincente de esa reducción puede encontrarse en un texto publicado en 1927, escrito por Carl Schmitt y que lleva el inofensivo título: *The concept of the Political* (New Brunswick: Rutgers University press, 1976). El autor más tarde llegó a ser un autodesignado teórico del socialismo nacional alemán. En el texto encontramos una clara exposición de la lógica sombría de las situaciones autoritarias externas, la gramática generativa del lenguaje de la seguridad nacional, la razón fundamental de los estados de excepción. Articula un tipo de interpelación ideológica, la cual le niega subjetividad a el Otro, y transforma al antagonista político en un objeto.

⁷ Sobre este concepto, ver el ensayo notable de Julia Kristeva, *Pouvoirs, de L'horreur. Essai Sur l'abjection* (París, Seuil, 1981).

complementarios de la desintegración de las relaciones sociales)⁸. También encubre una verdadera antítesis entre violencia (que pertenece al dominio de la conducta estratégica) y conflicto (que pertenece también al dominio de la acción comunicativa). La sociedad civil funciona “normalmente” cuando no está vigorosamente integrada, cuando provee un espacio público para el debate y la negociación, cuando los mensajes sociales no son completamente claros y requieren una constante reinterpretación por parte de los actores. Es una sociedad conflictiva. Una sociedad integrada por la fuerza, por otra parte, tiende a desarrollar mecanismos unitarios que desintegran distintos tipos de problemas, reducen la esfera pública, y distorsionan y reprimen la acción comunicativa. La violencia y el orden pertenecen a la misma ecuación autoritaria, pero precisamente esta conexión es lo que las ideologías autoritarias procuran enmascarar. En el mundo contemporáneo hay dos tipos principales de violencia sistémica generalizada (entendida como la destrucción de las sociedades civiles): la violencia de orden estatal total, y la violencia del mercado salvaje. Se corresponden, a grandes rasgos, con la división global del poder entre Este y Oeste. En el primer caso, la organización de la violencia es despótica: proviene de la voluntad de un autócrata o del aparato del partido estatal. En el segundo caso, la violencia es una función de la transformación mercantil de la vida; proviene de los mecanismos del mercado y sus contradicciones. En ambos casos, penetra profundamente en todos los recovecos y fisuras de la sociedad y llega a la trama de la vida cotidiana misma. La originalidad de los regímenes totalitarios del Cono Sur, reside en la conjunción de los dos modelos, es decir la articulación de los estados represivos y los mercados abiertos⁹. Para completar este cuadro debemos agregar otros tipos de violencia política menos generalizados, los cuales, paradójicamente, son más visibles pero también más esporádicos, y aún así funcionan como némesis de los órdenes establecidos de violencia. Pertenecen a esta categoría las protestas sociales, las revueltas populares, los movimientos colectivos que aspiran a arrebatarse espacio y reconocimiento a los sistemas establecidos, ya sea de una manera espontánea o recurriendo a su propia organización de violencia, incluyendo tácticas de miedo. Estos tipos de violencia orgánica e inorgánica interactúan. Por ejemplo, el rechazo al conflicto social, a la apertura de la negociación y al debate, la transformación del país en un campo armado, reducen el orden a la violencia, y provocan a su vez la expresión violenta del disenso. Al mismo tiempo, la ideología establecida usa estas erupciones violentas –o, idealmente, apela a su memoria, después que han sido neutralizadas– como razón fundamental para reforzar el orden (violento) existente.

EL PROCESO DE TERROR

La militarización de la ideología, la redefinición de la sociedad como una zona de guerra, tiene, como una de sus principales consecuencias, la desorientación de los mecanismos preexistentes de identificación de Ego y Alter. Los pares ideológicos Caos / Orden y Enemigo / Amigo reposicionan a los sujetos en un campo extremadamente peligroso y totalmente impredecible al mismo tiempo. La razón es que, más allá de las rigurosas generalidades de la ideología ¿quién puede ser identificado como amigo y quién como enemigo? Solo el capricho del aparato regresivo, sólo el decreto dictatorial de la seguridad personal pueden emitir tales juicios. La arena política, los mecanismos previos de representación, todos los intercambios discursivos libres han desaparecido. Los sujetos no son ya interpelados por, ni se reconocen a sí mismos en un sujeto central que les resulta familiar (Clase, Gobierno, Partido). El estado se retira de la esfera política para resguardarse en la vieja **arcana dominationis** desde donde asesta golpes inapelables. Para la población subyacente, el castigo llega como el acto inexplicable de un **deus absconditus**. Tienen que lograr resolver por sí mismos –como tardíos calvinistas Políticos– cuáles son las reglas, los signos, que distinguen a un “buen” de un “mal” ciudadano. Todo lo que sabe es que su seguridad, sus bienes, su vida, están en juego. Un sujeto en tales aprietos se vuelve no sólo obediente, sino también potencialmente punitivo para sí mismo y los otros. El miedo adquiere entonces vida propia. Se vuelve su propio objetivo.

La matriz organizacional de las sanciones no –discursivas que acompaña a la reintepelación discursiva de los sujetos es relativamente simple y ha sido copiosamente documentada. Incluye tres actores básicos: una fuente de castigo, una víctima y un blanco¹⁰. La víctima perece o desaparece, y el blanco reacciona frente a esa destrucción con alguna forma de sumisión o acomodamiento, frente a esa destrucción con alguna forma de sumisión o acomodamiento, inhibiendo inicialmente su resistencia potencial. Un modelo desarrollado incluye una división del trabajo en la fuente de castigo (un “personal del terror”, internamente organizado en un cuerpo directivo de violencia y varios cuerpos de operaciones). La selección

⁸ Sobre algunas de estas diferenciaciones ver Alain Touraine, *La Voix et le regard* (París, Seuil, 1980).

⁹ Académicos como Paul Samuelson han acuñado el oxímoron “fascismo de mercado” para describir esta conjunción.

¹⁰ Cf. E. V. Walter, op. cit. pp. 9.

de las víctimas puede realizarse al azar o dentro de categorías sociales específicas –por ejemplo, miembros de organizaciones subversivas, sus parientes, potenciales opositores políticos, categorías profesionales de determinados estratos socio-económicos, grupos de residentes o grupos étnicos. Son regularmente seleccionados y eliminados, con grados variables de destrucción. De acuerdo con las circunstancias, el proceso del terror es continuo o discontinuo (en la Argentina se aplicó en forma continua desde la instalación del gobierno militar en 1976 hasta 1979, y en forma discontinua desde entonces), pasa por fases de variada intensidad, y las víctimas son seleccionadas por servicios especializados, o algunas veces por otras víctimas potenciales. En muchos casos, se usa a la población como cómplice de los mismos actos perpetrados contra ella. En la Argentina, este modelo de complicidad forzosa fue largamente puesto en práctica en las fuerzas armadas. El involucramiento de la población en general, por otra parte, se procuró a través de la elaboración de un “discurso de justicia sumaria”¹¹ en los medios de comunicación sujetos al control o a la autocensura. Este discurso tendía a identificar al “pueblo” con las fuerzas de seguridad de un lado de la división, y las personas que no se oponían activamente al régimen (pero que voluntaria e involuntariamente colaboraban con los que lo hacían, que habían simpatizado con ellos en el pasado) o que permanecían indiferentes del otro lado con el enemigo.

Este proceso del terror ha sido consistentemente aplicado por los gobiernos totalitarios de este siglo y también por regímenes terroristas a través de la historia. La característica específica de la versión argentina es el doble mensaje con que ha sido manejada. La cara de Jano del terror en Argentina aparece en varios niveles desde el repudio gubernamental a las sanciones abyectas y la no aceptación de la responsabilidad, hasta la doble estructura del discurso y de la conciencia en amplios sectores de la población. De este modo, para librar la guerra contra la subversión, la Junta argentina organizó y armó a muchas unidades separadas entre ellas, dentro de las fuerzas armadas y la policía¹². Estas unidades operaban con total autonomía e impunidad, y tenían las manos libres para seleccionar las víctimas. Esta estrategia tenía varias ventajas para el gobierno: se volvió una red muy difícil de infiltrar, precisamente a causa de su naturaleza versátil descentralizada; era en gran medida inmune a la influencia inclusive de los parientes bien ubicados de las víctimas, y la permitió al gobierno negar su responsabilidad por las violaciones a los derechos humanos. El terror pasó por una fase intensa en la Argentina desde 1976 hasta 1979. Desde entonces, la intensidad ha disminuido, a pesar de que el aparato represivo está aparentemente todavía listo para actuar, o en estado latente. Durante la fase de terror se calcula que fueron liquidadas una cantidad no determinada de personas que va de las 10.000 a las 30.000. La exterminación fue en gran medida secreta –lo cual hace difícil calcular con precisión la cantidad de víctimas. Más bien pertenecen a la categoría de no-personas, entre los muertos y los vivos, por los cuales Argentina se ha vuelto tristemente célebre: aquellos de los cuales nunca se ha vuelto a tener noticias, **los desaparecidos***. Aunque la represión fuera presentada como una guerra contra la subversión armada, el terror se extendió más allá de la zona limitada de las operaciones de la contrainsurgencia. Afectó a los opositores no violentos del régimen, y también a los opositores potenciales e imaginarios. Amenazó, durante cierto tiempo, con volverse total. Las principales categorías afectadas fueron, además de los miembros de las organizaciones guerrilleras –los cuales fueron efectivamente diezmados– los cuadros sindicales inferiores e intermedios, los estudiantes, los políticos civiles, y grupos profesionales (abogados, psiquiatras, artistas, científicos sociales, clero, etc.), así como también los parientes de las víctimas iniciales. El proceso de terror en Argentina ha cumplido tres funciones principales y dos secundarias. Como parte de la “guerra sucia” contra la insurgencia armada, eliminó a los que estaban comprometidos con la hostilidad activa a la estructura de poder o que eran considerados sospechosos. También funcionó como un mecanismo de disuasión con el objetivo de intimidar a otros opositores. Aspiraba a destruir las alternativas institucionales y pospuso la reintegración de los grupos desorganizados en nuevos modelos de organización. Más aún, anhelaba la eliminación profiláctica de los potenciales opositores, identificados sobre la base de un diagnóstico ideológico de la “enfermedad social”. Indirectamente, el proceso del terror ayudó a los militares a extender el control de una parte a otra del país. A esta minuciosa penetración en el tejido institucional de la sociedad no se la debería confundir, sin embargo, con la consolidación de un estado “burocrático-autoritario”. Fue una apropiación más restringida y particularística del aparato estatal por parte de grupos corporativos. Fue también parte de una estrategia para transformar la estructura económica del país, sin, por

¹¹ Ver Heleen F. P. Ietswaart, “The Discourse of Summary Justice and the Discourse of Popular Justice, an Analysis of Legal Rhetoric in Argentina”, en Richard L. Abel, ed, *The politics of Informal Justice* (New York: Academic press, 1980) vol. 2, pp. 149-179.

¹² Un análisis de la organización del terror en Argentina aparece en Emilio Fermín Mignone, “Desapariciones forzadas: elemento básico de una política”. *Punto final* (México) suplemento N 194 (junio 1981).

* N.T.: en español en el original.

ende, fortalecer las palancas del control burocrático sobre la economía. Más bien, la economía fue modernizada y vigorosamente re-privatizada.

Al igual que un antiguo reino de Africa Occidental, Argentina ha sido gobernada al mismo tiempo por un gobierno visible e invisible, por dignos oficiales militares dirigiendo la maquinaria administrativa del estado, y por asociaciones terroristas secretas, por verdugos ocultos, agentes del estado, **absconditus** que irrumpen en la vida corriente en ciertos momentos, impredecibles para las víctimas, reinando en virtud del miedo generalizado a sus poderes y a través de la violencia extrema asociada a sus actos. La disociación del gobierno invisible de las relaciones sociales de la vida común, el retiro del estado de la esfera pública – proceso acompañado y reforzado por el abandono de la regulación social a los mecanismos “automáticos” del mercado– hicieron posible el terrorismo sistemático. Atribuyendo sus actos a los imperativos de la seguridad nacional, se liberaba a los oficiales de la responsabilidad ordinaria por esos actos, aunque se los consideraba responsables a los rangos más altos de la comandancia militar. En esencia, el estado se volvió un asunto cuasi privado y violento. La privatización de la vida civil se corresponde con una creciente privatización del poder y la violencia del estado.

Muchos aliados y críticos del régimen lo han diseñado con una imagen de estado autoritario que representa el poder externamente y la regulación social internamente –aún cuando esta última ha sido con frecuencia reducida a la mera regulación de policía, sin un vínculo comunitario intrínseco entre los gobernados. Es dudoso, sin embargo, que aún un estado en este sentido restringido exista en la Argentina de hoy. La adquisición y consolidación del poder por parte del régimen militar ha producido no al Leviatán sino al Behemoth. Algo parecido a un estado dual ha existido en la Argentina durante estos años de intensa represión, es decir, un estado dentro del cual han operado dos sistemas. Uno sirve como máscara para el otro, bajo los restos de la Constitución –aplicada solamente en el caso de aquellas cláusulas que no han sido enmendadas por el gobierno militar a la que se le ha adjuntado un nuevo cuerpo de normas, compuestos de leyes y decretos, actas institucionales y estatutos, cláusulas específicas, resoluciones y órdenes, puestos en ejecución desde el 24 de marzo de 1976. El otro sirve bajo el mando de medidas individuales, en las cuales la conveniencia, la arbitrariedad, y las consideraciones de la seguridad militar están por encima de toda ley. Pero el segundo de los sistemas está contenido en el primero y actúa sobre él de un modo absolutamente destructivo. Las semillas de esa destrucción están a menudo contenidas en textos que tienen la apariencia de la ley, pero nada de su sustancia. Por ejemplo, en virtud del acta institucional del 18 de junio de 1976, la junta militar asumió “la facultad y la responsabilidad de juzgar las acciones de aquellos individuos que han perjudicado el interés nacional”, sobre bases tan vagas y poco claras como la inobservancia de principios morales básicos en el ejercicio de funciones públicas, políticas, sindicales o actividades que comprometan al interés público”¹³. El acta condujo a la promulgación de leyes especiales, al ejercicio del poder arbitrario diseñado para intimidar a grupos e individuos particulares sobre la base de actos cometidos antes de la existencia de tales “leyes”. El fundamento genérico en el que se apoyan estas leyes, la naturaleza discrecional que ellas otorgan, la creación y funcionamiento de cuerpos especiales a los cuales ellas otorgan poderes jurisdiccionales, la aplicación de sus cláusulas sobre una base retroactiva, las medidas punitivas que ellas autorizan, la inhabilitación para ocupar cargos, las restricciones para la práctica de la propia profesión, la confiscación de la propiedad, la pérdida de la ciudadanía, la libertad y la vida hacia las que apuntan, sugieren, como en el caso de la Alemania Nazi, que “nos enfrentamos con una forma de sociedad en la cual los grupos que gobiernan controlan directamente al resto de la población, sin la mediación de ese aparato racional aunque coercitivo conocido como estado”¹⁴.

De acuerdo con las definiciones clásicas, se debe decir que un estado existe cuando los conflictos individuales y grupales son coordinados e integrados, dentro de una sociedad dada, con carácter obligatorio, por medio de una estructura legal abstracta o por lo menos a través de una burocracia racional. Esta estructura estatal es muy común a muchos –de otro modo– disímiles sistemas políticos. En el caso argentino, sin embargo, un observador con muchos años de experiencia periodística pudo hacer la asombrosa, aunque perspicaz, afirmación de que “considerar autoritario al gobierno argentino es desconocer la realidad. Si se deben aplicar rótulos, agregó, Argentina podía describirse más apropiadamente como feudalística y anárquica; está dividida por las rivalidades de los feudos representados por las Fuerzas Armadas con sus varios desenfrenados servicios de inteligencia y la acosada, impotente presidencia. La tragedia se origina en el hecho de que la autoridad central, y la responsabilidad que le compete, no ha sido nunca establecida por

¹³ OEA, Comisión Interamericana de Derechos Humanos, “Informe sobre la Situación de los Derechos Humanos en la Argentina” (Washington, DC, OEA/Ser L/V/II 49 doc. 19 corr. I. abril 11, 1982), p. 19.

¹⁴ Franz Neumann, *Behemoth, The Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944* (New York: Harper Torchbooks, 1966), p. 470.

los moderados entre los militares que han tenido el poder nominal desde el golpe de marzo de 1976”¹⁵. En otras palabras, bajo la protección de un gobierno inflexible, las bandas armadas han sido soberanas en muchos campos, poderosos grupos rivales vagabundean sin control y han conseguido dominar muchas posiciones estratégicas. Sus rivalidades no han sido resueltas con carácter de obligatoriedad universal. En el mejor de los casos se han puesto informalmente de acuerdo con respecto a ciertas políticas. El estado “clásico” ha sido en realidad tratados como un impedimento para la dominación de los grupos subordinados. El régimen ha evitado sistemáticamente el acuerdo y la negociación, y ha procedido a privar las organizaciones políticas y los grupos sociales de sus derechos. Más particularmente, ha clausurado todos los espacios disponibles donde tales acuerdos podrían ser colocados sobre bases de obligatoriedad universal. Incluso entre los pocos que gobiernan, existen pocas lealtades comunes. El cemento que los mantiene unidos es el beneficio, el poder, y el temor al castigo. Al final han sido necesarios shocks severos (la amenaza del colapso económico y la derrota en la guerra) para infundirles la vaga noción de que es al menos tan arduo desarrollar el potencial de la Argentina sobre la base de una dictadura como de una democracia. En 1976 los grupos militares que tomaron el poder se beneficiaron con la desilusión de amplios sectores de la población respecto de un sistema nominalmente democrático que los había dejado librados al caos. A pesar de esto, después de seis años de gobierno una mayoría anhela estructuras de representación y de acuerdos valederos, algo tan carente de dramatismo como el reconocimiento de la complejidad social, algún grado de participación y modesto crecimiento económico. La coerción y el miedo se les presenta, en retrospectiva, como una forma de desorden. Como se mencionara anteriormente, a nivel de ideología oficial, las metáforas que operaban en relación a la ley y el orden se tomaban de la medicina, o más precisamente de la cirugía. Corresponden a una auto presentación del régimen como castigando determinados actos de subversión y disolviendo organizaciones sediciosas, por un lado, y como estableciendo las bases para un comportamiento económico “sano” por otro. Estas metáforas les suministraron a las elites militares y tecnocráticas una definición común de la situación; enlazaban la visión de la seguridad nacional con la de la libre empresa y las utopías tecnocráticas. Aun así, detrás del discurso manifiesto, se desarrolló una cultura del miedo que se correspondió con el proceso del terror¹⁶. Esta cultura se produce y propaga principalmente en circuitos no discursivos. Ha sido comparada con un proceso químico –con un proceso de corrosión de las redes sociales. Bajo ciertas condiciones, la adopción de políticas económicas ultra liberales por parte de los que detentan el poder puede producir efectos similares. En sus manos, la economía hasta puede tornarse un intento consciente de disolver las lealtades sociales y entidades corporativas que ya existían anteriormente. Mientras que el liberalismo clásico asociaba el énfasis del mercado con una negociación de la relevancia de la autoridad, en regímenes como el argentino, la “mano invisible” es esencialmente una pieza de tecnología política.

SEUDOCONSERVADURISMO

Los primeros años del actual régimen argentino –los años del terror– se caracterizaron por una sensación de intemporalidad en la cumbre y de ansiedad en la base. La democracia permaneció suspendida **sine die**. Perón había muerto hacía cuatro años. El movimiento guerrillero fue derrotado en una campaña sangrienta. El terror alcanzó su punto culminante. La ilegalidad se volvió, paradójicamente, una rutina oficial. Se devoró hasta a los sospechosos. Reinó el silencio de las masas, con una excepción: durante varios meses en 1978, se les permitió a los argentinos salir a las calles para asistir al campeonato mundial de fútbol y celebrar. La efusividad del entusiasmo colectivo fue encauzada hacia un canal seguro, controlada y manipulada por el régimen, actuando como válvula de seguridad para la movilización reprimida. El “*acá estoy*” que se gritó en las calles fue una identificación nativista con las glorias del país. La política y la cultura independientes estaban congeladas, pero se permitieron los vítores en el estadio. Mientras que el régimen reconocía que tenía cerca de 3.500 prisioneros políticos, mientras innumerables otros desaparecían todos los días, cuando las Fuerzas Armadas se apoderaron del control de todas las instituciones más importantes y muchas de las secundarias –desde la Confederación General del Trabajo hasta las asociaciones de caridad–, la vida pública retomaba un estado primario. El deporte nacional llegó a significar solidaridad a bajo costo. Traía consigo, sin duda, matices populistas y reminiscencias de otra época, pero el régimen se sentía lo suficientemente confiado como para aparentar un vínculo de consenso con las masas y cosechar

¹⁵ Robert Cox, “Timmerman, Shows that Authoritarian Generals' are Keepers, Captives of a totalitarian Beast”, *The New York Times*, (June 9, 1981).

¹⁶ Para el análisis de una situación comparable ver José Joaquín Brunner, *La cultura autoritaria en Chile* (Santiago de Chile, FLACSO / University of Minnesota, 1981).

beneficio político del acontecimiento. Cuatro años después haría otra vez el experimento en un terreno más peligroso, cuando decidió con la ocupación militar de las Islas Malvinas, aprovechar los sentimientos nacionalistas, y manipular la opinión a través de una breve movilización totalitaria que después de la derrota se volvió contra él, resucitando así la mitología populista. Estos dos episodios fueron lo más cerca que estuvo el régimen del fascismo. Porque la mayoría del tiempo prefirió combinar el nativismo con el énfasis en la disciplina de la manera más estática, evitando la movilización organizada de las masas. A causa de este estilo predominantemente difuso, al régimen se lo puede llamar pseudoconservador más que fascista. En los círculos militares cercanos al poder, el sentimiento de cruzada contra la subversión política y cultura fue y sigue siendo fuerte. Lo que guía a los cruzados es la noción de que la cultura fue y sigue siendo fuerte. Lo que guía a los cruzados es la noción de que la cultura y la política deberían estar estrictamente subordinadas a la moralidad provinciana, la religión y la seguridad nacional. Se supone que éstas conforman la esencia de un “estilo de vida argentino” que es la antítesis del “comunismo” y un baluarte contra él. La simpleza de esta visión oficial no está exenta de paradojas. Las ideas de los cruzados de la moral eran reaccionarias y antimodernas, pero la cultura argentina no es sino un subproducto del iluminismo moderno. En consecuencia, la ideología imperante produce el espectáculo desconcertante de un país joven defendiendo viejos valores, una comunidad de pobladores recientes haciendo suyas tradiciones que nunca tuvieron, de conservadores con poco que conservar. En realidad, el conservadurismo de los oficiales (muchos de ellos hijos y nietos de inmigrantes) que quieren erradicar la sociología, el psicoanálisis, e incluso algunas ramas de la matemática moderna, es una falsificación. Es una forma de paranoia corporativa, un universo plagado de demonios y de valores mal digeridos. Esta noción de asedio cultural lleva a estos oficiales a realizar la crítica de la cultura occidental moderna en el nombre de un mito de esta cultura, que alegan defender contra “traidores” sin nombre.

ECONOMÍA Y DESOCIALIZACIÓN

El rasgo distintivo de la acción del estado no es ni el acuerdo ni la movilización, sino su apartamiento de las presiones de los sectores sociales organizados, así como su inmunidad frente a las demandas populares. Las políticas económicas liberales y la ideología de la libre empresa son piezas de esa estrategia política. Están concebidas para destruir los modelos preexistentes de comportamiento económico y alianza política¹⁷.

El liberalismo económico argentino se ha apoyado en dos principios básicos: abrir el mercado interno al internacional, y liberar los mercados de capital. El propósito declarado de esta política era reducir la inflación. Se adoptaron varias medidas sucesivas al efecto. No tuvieron éxito con respecto al objetivo manifestado pero cumplieron otras funciones que concordaban perfectamente con la visión política global del régimen. Estas fueron: una drástica reducción de los salarios reales (1976-1977), una reducción en la circulación de dinero (1977-78), un tipo de cambio regulado que produjo una revaluación de la moneda (1978-1981). El impacto en la actividad económica general fue cíclico hasta 1979 y tenazmente recesivo desde entonces. Este modelo fue acompañado de un espectacular aumento de la deuda externa: Argentina llegó a figurar tercera entre las naciones deudoras del mundo, y probablemente primera en términos de deuda per cápita.

Los principales damnificados fueron los trabajadores con ingresos fijos. Pero también otros grupos salieron perjudicados. Después de 1978, el sector agrario, y los exportadores padecieron los efectos de la moneda sobrevaluada. La industria nacional, que experimentó ganancias y expansión en 1977 y 1979, se vio obligada a contraer una deuda tan agobiante que se desplomó en los ochenta. Sólo a algunos de los sectores financieros les fue espectacularmente bien. El período 1976-1982 bien puede verse en retrospectiva como un período en el cual una economía nacional dependiente fue devastada por el capital financiero internacional. Los efectos políticos coincidieron totalmente con las intenciones de los que estaban en el poder. El sector obrero fue fragmentado y su capacidad para negociar, significativamente reducida. Un gran número de trabajadores ha literalmente desaparecido del mapa social de la Argentina, primero a través de una combinación de estancamiento demográfico, jubilaciones, transferencias de personal al sector de servicios o al sector cuentapropista, y emigración, y más recientemente a través del aumento del desempleo. La clase empresaria nacional fue severamente afectada por las enormes presiones del mercado internacional del cual

¹⁷ Para algunos análisis de las políticas económicas argentinas, ver Adolfo Canitrot, “La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del Canitrot, “Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina (1976-1981)”, *Estudio Cedes* 3:10 (Buenos Aires, 1981), ver también Paolo Rocca, “Aspetti della politica economica argentina dal 1976 ed oggi”, tesi di laurea, Facoltà di Scienze Politiche, Università degli Studi di Milano (Milano: Matr. N° 157113, 1980).

dependía, por la deuda y la bancarrota. Curiosamente, su lamento ha sido más fuerte que la protesta de los trabajadores. Los exportadores agropecuarios también estaban decepcionados, aunque su posición sigue siendo más sólida que la de los empresarios industriales. La clave de toda esta política fue una manipulación financiera de los recursos canalizados hacia una economía especulativa. Durante algún tiempo, el trago amargo de la desindustrialización fue cubierto con lo que llegó a ser popularmente conocido como “plata dulce”. El prototipo del nuevo **homo economicus** producido por el régimen fue el especulador anómico. Si ligamos, entonces, el nuevo modelo de acción económica a los efectos de la represión política, completamos el cuadro del clima social generado por el régimen. Juntos socavaron todavía más el ya alicaído espíritu público.

La arbitrariedad de los procedimientos de seguridad, las historias de desapariciones, el temor de que cualquiera podía ser arrestado, confinaron a los ciudadanos a cuidar de sí mismos y de sus familiares más cercanos. El silencio, la desmentida, la justificación, la mera preocupación por uno mismo se transformaron en pautas sociales. Todos tendían a tomar conciencia de la importancia de la seguridad, y metabolizaban en el microcosmo del vecindario, del trabajo o en la intimidad de la vida familiar, la embestida brutal proveniente de arriba¹⁸. Intimidados políticamente, los argentinos fueron también perseguidos por la inflación y las estrategias económicas a las que tenían que acudir para salir adelante. La Argentina se transformó en una tierra de oportunistas, de especuladores y trabajadores en negro, algunos haciendo o perdiendo fortunas de papel de la noche a la mañana, otros moviéndose todavía más rápido para poder permanecer en el mismo lugar. La zanahoria no fue menos desmoralizante que el látigo. Imagínesse a individuos que corren con los sueldos y las calculadoras para estudiar las pizarras con las tasas de interés, para luego colocar sus ingresos a treinta, sesenta días, mientras que la inflación y los intereses corren una carrera por un carril de tres dígitos. Una economía especulativa incita al individuo a asegurarse el máximo de valor¹⁹. Todo conspira, desde el estado policial hasta las fuerzas salvajes del mercado para transformar a una persona en un consumidor preocupado por la maximización en vez de un ciudadano cooperativo, lo que desalienta y erosiona los sentimientos del compromiso social. La combinación de la intemporalidad del terror y la alta velocidad del dinero, la abstracción desorientadora de los procesos políticos y económicos explican por qué las convenciones sociales tradicionales como el compañerismo y la convivencia civil cedieron ante el cinismo penetrante que ni siquiera el tratamiento psiquiátrico puede cambiar. La sociedad civil alcanzó entonces el “cero grado”.

LOS DILEMAS DEL SEUDOCONSERVADURISMO

En las páginas precedentes se ha hecho hincapié en la adquisición y el manejo del poder por parte de grupos militares. Cualquier descripción idónea tendría que tomar en cuenta otros elementos internos y externos. Simplemente se ha esbozado una estrategia de poder basada en la coerción física y la desorientación socio económica, que incluye el uso del terror durante una de sus fases. A modo de conclusión, el crecimiento de los controles de los detentadores de poder debería ser mencionado, revisando los acontecimientos en una secuencia de crisis parcialmente superpuestas.

El primer tipo de crisis abarca el deterioro de las instituciones que precedió a la toma del poder por parte del régimen militar actual. Duró desde 1955 hasta 1976. Lo esencial de esta situación fue que las instituciones políticas fallaron en satisfacer y ordenar las expectativas puestas en ellas por la compleja maraña de grupos organizados. Este tipo de crisis se dio a causa del daño a las estructuras sociales y políticas, ocasionado desde fuentes externas e internas, y por los cambios a nivel de conciencia.

La consecuencia del fracaso institucional fue un flujo adicional de poder a las autoridades militares, y un intento por parte de estas últimas de reacondicionar el **statu quo**. En esta coyuntura los gobernantes impusieron el moderado draconiano de un sistema mejor y trataron frenéticamente de impedirles a otros grupos desarrollar alternativas. El modelo se basaba en un mito oficial que combinaba las doctrinas de seguridad nacional y de libre empresa. Tenía claros elementos totalitarios, particularmente el recurso del terror, el intento de pulverizar las viejas estructuras –no obstante la utilización de mecanismos del mercado– y el uso de controles ideológicos para disolver identidades previas.

¹⁸ Ver Ximena Barraza, “La vie quotidienne sous un régime autoritaire, **Cahiers Confrontation 5** (París, Spring 1981).

¹⁹ Ver Nikolai Stevenson, “An inflation Libretto. The Refrain of Paper Money in Argentina”, **Harper's** (November 1981) el texto clásico de Georg Simmel, **The philosophy of Money** (Boston: Routledge and Kegan Paul, 1978) contiene brillantes discernimientos, producidos por Fred Hirsch, **Social Limits Growth** (Cambridge Harvard University press, 1976). La original crítica filosófica fue desarrollada por Hegel en **Jenaer Realphilosophie I: Die Vorlesungen Von 1803/4** ed. By J. Hoffmeister (Leipzig: 1932).

Sin embargo, el proyecto de los detentadores del poder también contenía una cantidad de contradicciones y de autofiscalización. Primero hubo tensión entre las “lógicas” económicas y militares del régimen. Los intereses corporativos de los oficiales a menudo chocaban con los proyectos de los tecnócratas del libre mercado. Más aún, la naturaleza radical y autónoma de sus políticas privaron al régimen de alianzas estables con sectores económicos cruciales. Segundo, la combinación de coerción física y desarticulación económica logró sofocar la oposición social y política organizada, pero fracasó en producir estructuras sustitutas de participación y aisló al régimen de la sociedad. Esta última se volvió crecientemente opaca para los gobernantes²⁰. Esta situación a su vez hizo menos predecible la oposición potencial. La falta de rápidas señales de feedback, desde la sociedad empeoró en vez de corregir los errores estratégicos y tácticos del régimen. Cuando estos errores se percibieron era ya tarde. En ese momento el régimen alteró su curso a tontas y a locas, tratando de escapar de una crisis y cayendo en otra. De este modo, cuando se hizo evidente el mal funcionamiento económico, los gobernantes cambiaron de canal y prepararon una movilización de masas por una guerra que, muy a su pesar, de verdad tuvo lugar y que perdieron. Al actuar de esta manera, abrieron la caja de Pandora del resentimiento, la represalia, los viejos mitos populistas y las ideologías alternativas. Estas disfunciones subsidiarias al manejo del poder abarcan un tercer tipo de crisis que ahora amenaza con provocar la caída del régimen, o por lo menos controlan su poder. Estos controles sobre los gobernantes argentinos tienen poco que ver con los procesos que se desarrollan en los sistemas movilizantes después que han pasado por una fase de terror. En estos últimos, los controles están asociados a la emergencia de una sociedad compleja más “madura” después de un avance en su desarrollo. En cambio, un régimen debilitado gobierna a una sociedad debilitada en la Argentina de hoy. Para los historiadores del futuro, la fase del terror de la Argentina puede aparecer como un episodio en la descomposición general de un sistema social.

²⁰ Ver Oscar Oszlak, “Coerción versus información”, **Clarín** (Buenos Aires, octubre 18, 1982), p. 13.